

Seguido de su lúbrico serrallo,
 Con marcial arrogancia y donosura,
 Trota el joven sultán de la llanura,
 El alazán de belicoso ardor.

Desea pintarnos la vida sibarítica del gallo en el muladar,
 su cresta colorada y su ancha cola, y la promesa que hace
 al orgulloso bípedo de no someterlo á una virtud forzada, ni
 llevarlo al reñidero, y todo eso pasa por una metamorfosis
 en estos bellos endecasílabos asonantados:

¡Oh canta, canta, y de placeres llena
 Tu vida corra sin pavor ni susto,
 Gentil, galante, enamorado y fino,
 Señor de tus serrallos absoluto;

La frente de adalid erguiendo altivo,
 Armada en guerra con crestón purpúreo;
 A placer desplegando la ancha gola
 De caballero paladín al uso;

Luciendo ufano, con marcial donaire,
 El tornasol plumaje verde obscuro
 De la profusa cauda en que campean
 Las corvas plumas como alfanjes turcos:

Que por caso feliz hubiste dueño
 En cuya alma jamás albergue tuvo
 El bajo y vil y sanguinario instinto
 Que abrigan de tu raza los verdugos.

No temas, no, que en duro cautiverio
 Te encadene jamás á poste rudo,
 Ni que infamante hierro te degrade
 De soberbio sultán á vil eunuco;

Ni que armas preste á tu índole guerrera
 Para sangrienta lid contra los tuyos;
 Ni que el circo teñir tu sangre mire,
 Entre algazara soez, villano vulgo.

Y es que la naturaleza es eternamente bella: nada hay profano en el Universo, como diría Young: cada sér tiene su lado ideal: donde las muchedumbres ven tan sólo el madero, la piedra, el animal, el poeta encuentra un símbolo: de un montón de palabras devana una estrofa, de un objeto al parecer repugnante, extrae como esencia purísima la poesía latente que encierra; la siente, la ama, la formula con palabras rítmicas, y hace de ella una revelación ante el común de los hombres sorprendidos al contemplar lo que había pasado ante sus ojos y no habían visto.

Lo que torció el curso de la vida de Diéguez fué la política: ella le empujó al destierro y le devolvió á su patria; y sin embargo nada hay en sus composiciones poéticas, exceptuada la *Oda á la Independencia*, escrita antes de la emigración, que pudiera hacernos sospechar en él al poeta político. ¿Se habría quebrado su carácter al contacto con la adversidad? Pudiera ser; pero las luchas de la política son luchas de pasión ó de partido, exigen temple de acero para atacar y dureza de roca para resistir, y Diéguez tenía un corazón de niño: la razón fría y sesuda es el alma del estadista, y el cantor de nuestra naturaleza tropical llevaba un néctar purísimo en el corazón: la política exige vida exterior y de actividad, y el vate propendía á una vida in-

terior y contemplativa: hombre de pensamiento, no de acción: poeta, no batallador: de imaginación ardiente, no de cálculo frío. No es siquiera un poeta *civil*, que observase lo que á la sociedad se refiere: sus aspiraciones, para formularlas; sus vicios, para fustigarlos; sus costumbres, para pintarlas; las grandes ideas universales de libertad, de derecho y de justicia, para despertarlas ó avivarlas en las muchedumbres.

Poeta individual, la cuerda de su lira es el sentimiento. Por eso es poeta lírico; y no que el individualismo sea la esencia exclusiva del lirismo, sino que es su fuente principal: al poeta lírico le basta abismarse en sí mismo, sin que ésto sea engreimiento personal; penetrar en ese mundo de presentimientos y deseos infinitos que se llama corazón, y desplegar las alas de la fantasía para volar á regiones celestes.

Es eminentemente *subjetivo*, según la jerga de escuela, que diría D. Marcelino Menéndez y Pelayo: canta en tiernos monólogos su fe religiosa, sus propios dolores ó alegrías, sus propias impresiones.

Esa cualidad suya le hace á veces caer en una sensibilidad cuasi afeminada. Leyendo sus versos, compréndense sus íntimas tristezas y que eso que el mundo apellida felicidad no forma la trama de su existencia. En ellos se muestra lo que el poeta lleva en el alma: el tierno cariño del hogar, el recuerdo de la ausente patria, algún toque despreciativo de las veleidades humanas, y un sentimiento místico, pero no con misticismo teológico, que lo eleva en dulce vaguedad hasta el infinito.

De ahí que sus versos sean cadenciosos, blandos, musicales: hay en ellos la morbidez de la virgen, no los nervios acerados del atleta. Apacible y sereno, exhibe de la realidad tan sólo sus bellezas y vela púdicamente la desnudez.

Como poeta epigramático vale poco: carecía de la agudeza incisiva y punzante que constituye el alma del epigrama moderno. Sus composiciones alegóricas tienen gracia, si bien en mi concepto son inferiores á sus inspiraciones líri-

cas. Poeta de inspiración, es al mismo tiempo artista: sabe aunar la observación de la naturaleza, que le encanta, con la vida histórica del arte clásico. Aquí hace una descripción del campo en estilo virgiliano, allá una reminiscencia de Fray Luís de León, *el honor de la lengua castellana*, (23) ó de Garcilaso, cuyas églogas son todo sentimiento como las poesías del bardo guatemalteco: allá el cumplimiento de un canon de Horacio; y todo ese clasicismo histórico no le hace perder su sabor propio y americano. La naturaleza le presta sus colores esmaltados, su animación, su vida: el estudio de los maestros latinos, españoles y franceses le da pulimento y corrección. La naturaleza compone el fondo viviente de sus cuadros risueños: el arte, la forma mágica de su dulce rima. Aquella, que es la obra de Dios, le brinda el diamante: éste, que es la obra del hombre, le ofrece la talladura y el engarce en primorosa filigrana.

Sobrio en los epítetos, es feliz siempre en su elección, dificultad reconocida hasta para los mismos maestros. Se ha dicho, talvez sin gran razón, que todo es *azul* en Lamartine y *leonado* (fauve) en Víctor Hugo, y se ha repetido que el *blanco* y el *rojo* son tradicionales en la escuela de Góngora. El lírico guatemalteco, con un simple adjetivo esmalta una frase, colora una pasión, aviva ó amengua un sentimiento. Así, el fenómeno fisiológico de la sangre huyendo de la periferie del rostro, se pinta con una sola palabra: *pálido*.

Al *pálido* Terror manda delante.

La avaricia, *sórdida* para muchos poetas, aparece en los versos de Diéguez *macilenta*.

(23) Verso de Lope de Vega.

En vela la Avaricia *macilenta*,
A la *mezquina* luz de su candil,
El *contado* tesoro otra vez cuenta,
Y otra vez mil y mil.

El calificativo de *fecundante* al arado en estos versos:

La madre tierra al *fecundante* arado,
Sus campos cede ya, los más *floridos*,

es de una verdad agrícola, digna de Alonso de Herrera.
¡Qué propiedad de epítetos en las siguientes estrofas:

¡Qué es pues el *frágil* ídolo de gloria,
Y sus ministros, víctimas y altares?
El humo de su incienso es su memoria:
Sus goces son espuma de los mares;
Y el *brillante* laurel de su victoria
Cual la voz de mis *débiles* cantares.

.....
.....
¡Qué del mortal el esplendor *pomposo*,
Las obras, la grandeza, el poderío?
Leve ceniza, polvo *vagaroso*,
Resbaladiza gota de rocío.

Manejó todos los metros, desde los versos de cuatro, de seis y de ocho sílabas, que parecen derivados del organismo humano por la inhalación y exhalación de los pulmones, hasta el alejandrino de catorce sílabas que lleva un recuerdo histórico en su nombre. No empleó nunca el verso suelto ó blanco, condenado por unos, como Voltaire que

lo consideraba, usado exclusivamente, la muerte de la tragedia en el teatro, y como Iriarte, que echa de menos en la ausencia de consonantes y asonantes, aquella armonía, que, deleitando el oído, da á los conceptos una agradable cadencia, que los encomienda á la memoria; y encomiado por otros, como Jovellanos, que señala las ventajas de su noble, grandiosa y desembarazada versificación; pero que no nos place mucho en América, ni parece adecuado á las inspiraciones del lirismo. Gustaba del halago de la rima perfecta y aun del endecasílabo asonantado, que D. Juan Valera llama híbrido y malo en un acto entero de una tragedia, ó en un canto entero de un poema, por la monotonía de la larga serie monorímica imperfecta que exige un esfuerzo algo pueril por parte del poeta, para no repetir los asonantes é ir apurándolos todos; pero que aparece bellísimo en *La Garza* y en el canto *A mi gallo*, estancias en las cuales nuestro compatriota, venciendo el inconveniente apuntado por el incomparable crítico español, supo dar á su versificación cierta sonoridad dulce y sencilla que armoniza con la ingenua y tierna expresión sentimental del poeta. No salió menos airoso con el romance endecasílabo Fray Matías Córdoba en *La Tentativa del León* y Gutiérrez González en la *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquia*, si bien cambiando la terminación del asonante en cada capítulo del poema. Los sáficos-adónicos, introducidos al castellano por el arzobispo de Tarragona Antonio Agustín en el siglo XVI, encontraron bellísimo empleo en los versos amorosos *De la Antigua* y en el canto alegórico, más primoroso aún, *El Cisne*, á la muerte de Chénier. Recorrió todos los tonos, desde el sencillo de la fábula, hasta la vibrante entonación de la oda.

Sus mejores composiciones fueron escritas en el destierro, cuando había avanzado en años. Su pensamiento se había elevado con la experiencia, la observación y el estudio: su sentimiento se había avivado con la ausencia del hogar materno, de la patria, de todo lo que es caro para el corazón y para la vida; y aquella elevación en las ideas deman-

daba elevación en la frase, que es el cristal transparente con que se arropa la estructura mental del pensamiento: y aquel crecimiento de sensibilidad exigía un crecimiento de melodía y de ritmo, para responder á las expansiones ardientes del poeta; y la imaginación exaltada desplegó profusamente el lujo de variadas y hermosas imágenes, ese lenguaje expresivo del sentimiento; y los mejores conceptos y la más exquisita ternura inspiraron las más delicadas estrofas; y el monte, el cielo, el lago y la pradera, mejor observados, fueron mejor descritos, hasta llegar de etapa en etapa, de lo bueno á lo mejor, al perfeccionamiento, desde *El Verano en Guatemala*, de tiempos juveniles, hasta *El Pino seco*, *La Garza*, y sobre todo, las encantadoras *Tardes de abril*, cuyas bellezas pueden hacer en mi concepto se le considere como el fundador entre nosotros de la poesía descriptiva del campo, la más pura, la más nítida y tierna que tenemos en Centro-América. Al evocar el nombre de Diéguez, le llamamos espontáneamente el poeta de las *Tardes de abril* y de *Los Cuchumatanes*, porque esas composiciones, que todos conocemos, amigos de la gaya ciencia ó humildes prosadores, y recitan los niños en las escuelas, son como la condensación del alma del poeta, la esencia purísima de su poesía, destilada en ánfora de oro. Ya no se encuentra aquello de

Cercada de rocas, que el agua desgaja,
Cayendo con furia del *concavo* cielo,

como en las estrofas *A Chinauta*, que revelan el azorrillamiento de los primeros años, como diría el ilustre D. Rafael Pombo.

D. José Milla, mi inolvidable y querido maestro, que había dedicado á Diéguez la leyenda antigua *Don Bonifacio* en términos que demostraban el elevado concepto que de

él tenía, (24) en las amistosas lecciones que, sin más interés que el amor á la bella literatura, nos diera en 1867 á varios jóvenes que concurríamos á su modesta habitación, Ramón Rosa, Ricardo Casanova, Antonio Batres, Marco Aurelio Soto, y entre otros, el autor de este incorrecto trabajo, al examinar trozos de poetas notables para iniciarnos en los secretos del buen gusto literario, leía versos de Diéguez y no podía contener los impulsos de su entusiasmo cariñoso, y encontraba aquí una estancia digna de Fray Luís, allá la entonación de Herrera, el *divino*, ó un pensamiento filosófico que habría podido figurar en la *Epístola Moral* de Rioja.

Diéguez no coleccionó sus poesías, ni á ello aspiraba la modestia de su carácter, ni lo permitía la escasez de sus recursos, aquí donde casi se necesita el ocio del pensamiento para escribir, el desahogo de la fortuna para pagar la imprenta, y la generosidad del amigo para regalar lo que se imprime. Lástima grande que la sociedad literaria *El Porvenir* hubiese tenido que desaparecer antes de llevar adelante el pensamiento concebido de transformar en libro, para gloria de nuestras letras, las inspiraciones del bardo, hijas dispersas de su ingenio, de las cuales unas vieron la luz entre las frivolidades de un almanaque ó en las hojas volanderas de un periódico, y otras, inéditas aún, se transmiten de mano en mano por cariñosos aunque no siempre fieles copistas (25).

[24] La dedicatoria, que lleva fecha 18 de febrero de 1862, dice así: "Permítame Ud. amigo mío, me atreva á dedicarle esta leyenda. Ud., hijo y hermano de poetas, poeta Ud. mismo, como lo sabemos todos y lo acreditan tantas bellas composiciones en las cuales campea la brillantez de la imaginación á par de una exquisita sensibilidad, no desdeñará esta pobre ofrenda."

[25] En 1878 se dolía también de ese vacío el redactor de *El Civismo*: "Sus composiciones líricas, tiernas y sentimentales merecen el mayor enco-

Tal es el hombre, tal es el poeta.

La fortuna no le sonrió cariñosa. Vivió más del corazón que del cerebro, y derrochó tesoros de sentimiento y de ternura.

Amó la naturaleza y vertió ese amor en todas sus composiciones.

Sufrió mucho; pero en el paroxismo del dolor no puso nunca como Larra este espantoso letrero sobre su corazón: *aquí yace la esperanza*; sino que con el arrobamiento de una virgen, con la ingenuidad de un niño, envía al cielo mística plegaria en demanda de compasión y de amor.

En la emigración no lanza invectivas contra el destino, ni maldice á los que lo habían perseguido. De regreso á su patria, no vierte sobre los poderosos el zumo embriagador de la lisonja.

Creía en la Providencia, é iba al templo, asilo de los humanos infortunios, á orar.

Había soñado ardientemente en la libertad de su patria: pero libertad á lo Wáshington, "sobre las bases de la virtud en el hogar, y de la justicia en la ley." No comprendía el Estado absorbiéndolo todo: la conciencia, por una religión exclusiva, ó un ateísmo intransigente; la instrucción, por los principios absolutistas de la enseñanza oficial; la propiedad particular, por la contribución impuesta sin consultar la voluntad del contribuyente en la representación de todos; el ciudadano, sin otra misión política que obedecer; la soberanía, por el voto ordenado al elector sumiso inconsciente: esto es la confiscación de la república.

De inspiración siempre elevada, escribía por amor de artista: nada de literatura industrial, mercenaria y corrompi-

mio por su esmero, delicadeza y corrección. ¡Lamentable es que esas brillantes galas de nuestra naciente literatura, no se hayan todavía coleccionado, y que, por lo mismo, sean desconocidas en el poético mundo de Colón!"

da, que sacrifica el ideal al becerro de oro, el derecho á la fuerza, la virtud al vicio.

Cada lágrima suya hace brotar una flor en el campo del arte: su lira destila la clásica miel del Himeto que libaban los dioses.

Guatemala: febrero de 1889.

Salvador Falla.